

CAPITULO LV

EL INTERIOR DE ROMA DURANTE EL PROCONSULADO DE CÉSAR (58-49)

I. - CLUDIO. - CICERÓN. - MILÓN

Nueve años antes había visto Roma partir por la vía Flaminia á aquel elegante libertino que mezclaba los placeres con las preocupaciones más graves (1), y parecía inquietarse tanto por los pliegues de su toga, como por el éxito de un negocio. Nadie había creído que con aquel cuerpo gastado por los excesos y los trabajos pudiera resistir las fatigas de una guerra prolongada; pero un día se supo que había vencido á cuatrocientos mil helvecios y á ciento veinte mil suevos, y luego á los belgas y á los armoricanos; otra vez que había pasado el Rin y llevado las águilas romanas hasta la Bretaña en los extremos de Occidente. Y las cartas de los oficiales y soldados pintaban estas luchas tremendas en medio de países salvajes; sus rápidas marchas, sus prodigiosos trabajos, la infatigable actividad de aquel hombre de tez pálida, de miembros delicados, de salud dudosa, que creía no haber hecho nada, cuando quedaba algo por hacer; que pasaba á nado los grandes ríos, y las altas montañas en el rigor del invierno; que al viento y al agua y á todas las inclemencias, por bosques cerrados ó por llanuras fangosas, no tomaba más precauciones que el último de los legionarios; á menos que llevado en su litera, no dictara á sus secretarios cuatro cartas á la vez (2).

Era preciso pues olvidar al que los ociosos del lago Curcio llamaban amigo complaciente de Nicomedes y cómplice de Catilina, para reconocer, en fin, al gran general que ponía á los pies de Roma, sin haberla distraído un instante de sus placeres, á aquella raza gala, cuyo turbulento valor había turbado tanto tiempo al mundo antiguo. Treinta batallas en que habían combatido tres millones de hombres bien valían por las equívocas victorias de Pompeyo y sus laureles espigados detrás de tantos rivales menos afortunados.

Mientras á los medios de influencia que ya le conocemos, añadía César el más poderoso de todos, el prestigio de la gloria, ¿qué había sido de la república?

Para comprender bien aquellos tiempos deplorables y juzgar equitativamente á los actores, hay que poner la vista en aquel impuro caos de ambiciones sin alcance, de vicios sin esplendor, de crímenes sin objeto, en que el pueblo está re-

(1) Bien recordará el lector el billete amoroso de Servilia, recibido en medio de la discusión de los cómplices de Catilina. César escribía mucho. «Fué el primero que introdujo en Roma el uso de comunicarse con los amigos por medio de cartas, cuando sus negocios ó la extensión de la ciudad no dejaban tiempo para entenderse con ellos de palabra» (Plut. César, 18). Todas sus cartas se han perdido, salvo las que se han conservado en la correspondencia de Cicerón. Sus libros *auspiciorum, de Astris, de Analogia, de Apophthegmata* y el *Anti-Catón* se han perdido también; no quedan más que sus *Comentarios*.

(2) Sobre estos detalles V. Suet. *Jul. Cas.* 45, 51, 57; Dion, XLIII, 43; Plut. *Cesar*, 18; Cic. *ad Att.* VIII, 9: *hoc tēpore horribili vigilantia, celeritate, diligentia est.* Solía hacer hasta 100 millas diarias, y á veces se anticipó á sus correos (Suet. *ibid.* 54). Como Alejandro montaba un caballo que sólo él había podido domar (Plut. *ibid.* 18). En las marchas ordinarias iba á pie entre sus soldados, con la cabeza descubierta al sol, al aire y á la lluvia (Suet. *ibid.* 54). Comía lo mismo que ellos y una vez castigó á un esclavo que le sirvió mejor pan (Suet. *ibid.* 47). Así, como dice Montesquieu, fué como conquistó á sus soldados.

presentado por gladiadores y mendigos ebrios, el senado por ancianos ineptos (*desipientes*), las leyes por tráficos ó malos manejos, la libertad por tumultos; tiempos odiosos que desprestigian á Cicerón y aun al mismo Catón y en que los jefes del senado, como los del pueblo, se degradan y rebajan como para dejar ver mejor al amo inevitable, cuya imagen, á pesar de la distancia, está presente y parece agrandarse diariamente en el horizonte.

Dejamos á Clodio dueño del foro por confesión de los tribunos. Pero este personaje era demasiado ambicioso para contentarse mucho tiempo con servir de instrumento á la ambición ajena. Poniendo en subasta su favor y la influencia que su cargo le daba, vendiendo á Menula de Anagni la impunidad, á Brogitaro el rico sacerdocio de la Cibeles de Pesinunte, y á cien otros todo lo que podían comprar, reunió bastante dinero para tener contentos á los sicarios de que se había rodeado. A la cabeza de una turba armada, derribó la casa de Cicerón en el Palatino, y para que ni su solar se le restituyera, lo consagró á la diosa de la Libertad. Una estatua de hetaria que su hermano Apio había traído de Tanagra fué colocada en el edículo y representó á la diosa: era la verdadera figura de la libertad que él amaba y que se llama la Licencia. Los cónsules Gabinio y Pisón á quienes había ganado asegurándoles los dos ricos gobiernos de Macedonia y de Siria, le ayudaron á saquear las *villas* del célebre orador, de donde se llevaron los muebles más preciosos y las curiosidades de todo género que Cicerón había tenido el gusto de reunir en ellas. Por el abatimiento del senado, por la indiferencia del pueblo y la inercia de Pompeyo, vió Roma establecerse la dominación de un hombre cuya audacia era toda su política. Vatino, el principal agente de César durante el consulado de su patrono, fué citado ante el pretor: Clodio derribó el tribunal y expulsó á los jueces. Pompeyo había puesto bajo la custodia de un amigo suyo al joven Tigranes, su prisionero de guerra: el príncipe ganó á precio de oro al tribuno que le facilitó la evasión y para proteger su fuga atacó y mató á cuantos quisieron perseguirlo.

Era una ofensa directa hecha al triunviro, y todavía siguieron otras; porque tal era la confianza de aquel hombre, oriundo de la más orgullosa de las razas patricias, que el conquistador de Asia le parecía un rival importuno á quien era preciso derribar. Los amigos de Pompeyo fueron amenazados con acusaciones; él mismo era objeto de sátiras, á que no sabía contestar y que arruinaban su popularidad. Así, llegó á desear la vuelta del desterrado. Algunos tribunos hicieron la proposición, que fué apoyada por todo el senado, hasta por Gabinio, á quien Pompeyo, su patrono, impuso esta evolución. Pero Clodio azuzó á sus sicarios, y el cónsul fué herido, la asamblea disuelta y aplazado el asunto.

Deslumbrado por este triunfo, creyó poder también atacar impunemente al otro triunviro, y pidió al senado la anulación de las leyes Julias, por haberse establecido en contra de los auspicios (1).

(3) Cic. *pro Domo*, 15.

Había, sin embargo, demasiada audacia en querer luchar á la vez contra César y Pompeyo. Este escribió á su aliado de las Galias para saber qué juzgaba sobre la vuelta de Cicerón y un tribuno designado, Sextio, partió á llevar la carta; doble prueba de la buena inteligencia que existía aún entre los dos poderosos personajes y de la grande influencia que César conservaba en Roma, donde Pompeyo, el senado y el colegio de los tribunos no se atrevían á hacer nada importante sin contar con su asentimiento.

César desistió de oponerse á la vuelta del orador, á quien después de esta ruda prueba, suponía resignado á no creerse el hombre necesario; y los triunviros no dejaron llegar á los cargos para el año siguiente más que á los adversarios de Clodio.

El primero de enero del 57, habiendo pedido los nuevos cónsules (1) el llamamiento de Cicerón, dió el senado el decreto más honroso para el desterrado; pero cuando se llevó á la asamblea pública el proyecto de ley, Clodio y los suyos impidieron la votación. Cicerón aconsejó batirlo con las mismas armas, y en efecto, así se hizo. Había entonces en el banco de los tribunos un hombre sin talento, pero también sin escrúpulos, hombre de armas tomar, abrumado de deudas, el cual no podía librarse de sus acreedores, sino obteniendo una provincia que saquear. Para esto era preciso pertenecer á un partido, y se arrojó á Pompeyo. Los amigos de Cicerón le suministraron todos los medios de regimenter como Clodio una turba de gladiadores y espada-chines.

Tal era la impotencia de las leyes y de los magistrados, que nada se hacía ya sino bajo la protección de una ú otra de las dos cuadrillas de bandoleros armados. Muchas veces vinieron las dos á las manos: en uno de estos encuentros, Quinto, hermano de Cicerón, gravemente herido, sólo pudo sustraerse á la muerte ocultándose bajo los cadáveres, y un tribuno por poco no perece en la refriega. A fin de imputar á sus adversarios lo odioso de este atentado, los amigos de Clodio quisieron degollar á un tribuno partidario de ellos, tomando de aquí pretexto para acusar á Milón de este asesinato. Tal fué el número de los muertos que los cadáveres interceptaron el Tíber, llenaron los albañales y el foro se inundó de sangre (2).

Los senadores llamaron á Roma á muchos italianos; prohibieron observar el cielo, que hablaba á gusto de cada partido, y conteniendo Milón con sus gladiadores á Clodio, se votó al fin la ley.

Después de diez y siete meses de ausencia volvió Cicerón á Roma, llevado, dice él mismo, en brazos de toda Italia; á lo cual contestó Vatino: «Y, si Italia te ha traído en sus brazos, ¿de qué provienen tus varices?» (*unde ergo tibi varices?*) (16 agosto 57). Durante un año entero, ni el senado ni Pompeyo habían tenido otro pensamiento que el regreso de Cicerón; mientras César había empleado este mismo año en terminar victoriosamente tres guerras.

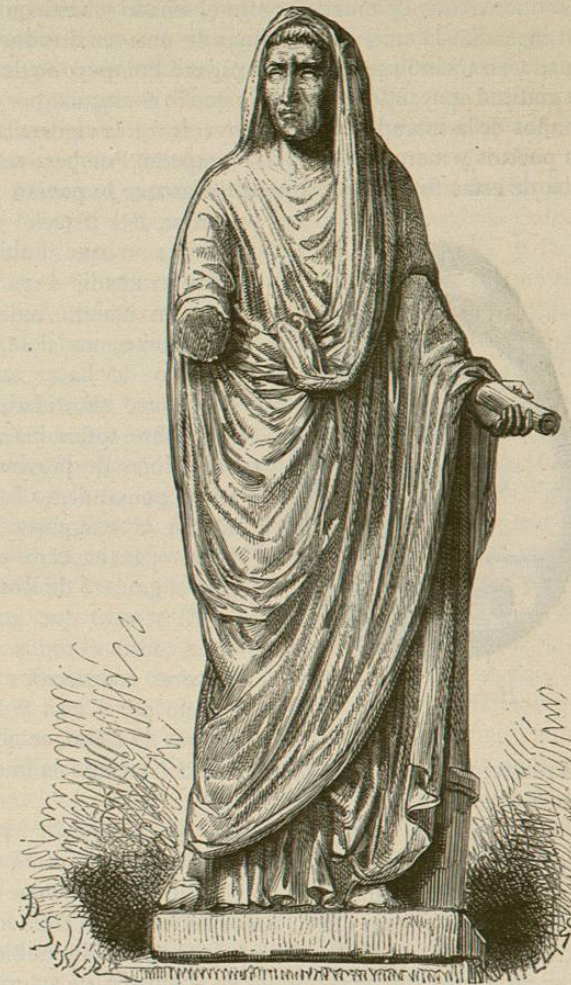
¿Cuáles eran los sentimientos, los designios de este hombre por quien, durante seis meses, había suspendido el senado todo otro asunto?

Aquella confianza que en otro tiempo había tenido en sí mismo y en las instituciones de su país había desaparecido; primero la debilitó el triunvirato y después la arruinó su

(1) Eran Léntulo Espinter, uno de los jueces que habían condenado á Clodio en su primer proceso, y Metelo Népot, antiguo enemigo de Cicerón y pariente de Clodio, pero obligado por sus relaciones con Pompeyo á seguir la política de este último. Apio, hermano de Clodio, pudo conseguir que lo eligieran pretor.

(2) Cic. *pro Sextio*, 35.

destierro. En la desgracia le había sido inútil toda su filosofía y había caído en el mayor abatimiento. «¿Puedo yo olvidar, repetía á sus amigos, lo que era y lo que he perdido?» Rutilio había dado otro ejemplo. Desde aquel tiempo, su conducta dejó de estar á la altura del papel que había desempeñado seis años antes, y que no volvió á desempeñar, aunque por pocos días, hasta el siguiente de la muerte de César. Después de todo ¿qué podía hacer él, hombre nuevo, sin lazos de familia con la aristocracia, y á quien los nobles echaban en cara duramente su origen? Su plan de reconciliación universal había fracasado como el de Druso,



César vestido de toga (3)

y los hombres de dinero, que se habían agrupado á su alrededor en un momento en que todas las fortunas parecían amenazadas, iban ahora adonde los llamaba su interés, hacia aquellos que arreglaban á su gusto y voluntad las obras públicas y los tributos de las provincias. ¡Los órdenes, los comicios, el senado! vanas palabras, formas vacías, recuerdos borrados de una república que no existía ya. El derecho era la fuerza, y la fuerza era del más osado. Admirablemente dotado Cicerón para las luchas pacíficas de los tiempos tranquilos, no tenía bastante audacia para atacar de frente á los poderosos del día. Contra Catilina había sido enérgico y resuelto, porque un gran partido lo sostenía y la causa estaba ganada de antemano. Ahora que la bandera que entonces levantara no cobijaba ya á nadie, comprendía que en una república guerrera que acaba, la elocuencia

(1) César tiene un rollo con la mano izquierda y está velado como pontífice máximo. Estatua de mármol de Paros de la colección Mattei. (Clarac, *Musée de sculpture*, p. 910, n.º 2318 C.)

puede dar momentáneamente el poder, pero las armas y sólo las armas lo aseguran. Echaba de ver que los grandes no tenían contra su enemigo Clodio un rencor bastante enérgico y que flaqueaban en lo de la justa indemnización de sus casas destruidas ó saqueadas. «Bien veo, escribía tristemente, bien sé que he sido un necio» (1). Así, en su decaído ánimo el cuidado de sus intereses vino á reemplazar las preocupaciones políticas, y el cónsul á quien el senado y el pueblo habían proclamado *Padre de la patria*, se hizo teniente de Pompeyo y agente de César.

Algún tiempo después de su regreso á Roma, una carestía pasajera hubo de causar un tumulto. Los sediciosos profirieron amenazas de muerte contra el senado y hasta quisieron incendiar la curia para quemar de una vez á todos los senadores. Cicerón se apresuró á pagar á Pompeyo su deuda de gratitud apoyando una moción que lo encargaba por cinco años de la intendencia de los viveres con la vigilancia de los puertos y mercados de todo el imperio. Pompeyo se pagaba de estas funciones extraordinarias que lo ponían por encima del derecho común; sino que hubiera querido añadir á su misión un mando militar, un ejército, una flota, el derecho de hacer sacas del tesoro, autoridad, en fin, sobre todos los gobernadores de provincia; en su pensamiento hasta añadía la conquista de Egipto para hacer de este país el granero de Roma.



Hetaria (Lais) (2)

El senado que guardaba contra él todos sus rencores enardecidos en secreto por Craso y los amigos de César, se negó

á dar el reinado que se le pedía y sólo concedió la intendencia de los viveres.

Todavía era un gran cargo, como quiera que lo hacía «dueño absoluto de la navegación y de la agricultura del mundo entero.» Pompeyo tomó solemnemente quince tenientes, como para un negocio muy difícil, y Cicerón consintió en figurar el primero en esta lista. El orador hubiera aceptado menos todavía, porque en la efusión de su gratitud, olvidaba la posición que sus talentos le habían conquistado. Su gran preocupación en este momento era obtener de los pontífices que declararan nula la consagración hecha

(1) *Scio me asinum germanum fuisse*. Cicerón era pobre al principio; pero á pesar de la ley Cincia, los clientes á quienes defendió le hicieron cuantiosos presentes: uno de ellos, P. Sila, le prestó dos millones de sestercios (400,000 fr.); algunos ciudadanos, según el uso romano, lo inscribieron en sus testamentos y estos legados ascendieron hasta 20 millones de sestercios (*Philipp.* II, 16); su gobierno de Cilicia le reportó 2.200,000 (440,000 frs.). Su mujer Terencia le había aportado en dote 120,000 dracmas (111,000 fr.) y poseía también un bosque cerca de Túsculo. Sabemos que poseía cuatro casas en Roma y lo menos ocho villas de consideración. Para la reconstrucción de su casa en Roma, le concedió el senado dos millones de sestercios; por los daños causados en su quinta de Túsculo, 500,000; por los de su villa, de Formia 250,000 (*ad Att.* IV, 2). Y decía que era bien poco (*valde illiberaliter*). También debió hacer ganar á su dinero. Bruto lo hacía y al 48 por 100. El entusiasta editor de Cicerón, Víctor Leclerc, le supone 18 villas, y cree que puede llegarse hasta 23 contando las casas de paso. Pero hay que decir que, como los grandes artistas, Cicerón era un administrador descuidado.

(2) De una sardónica del gabinete de Francia, n.º 3495. Lais sale del baño y acurrucada va á ponerse la túnica (15 milim. por 11).

por Clodio del solar en que se levantaba su casa. Con el dictamen favorable del colegio, ordenaron los senadores la reconstrucción de su casa de Roma y de su villa de Túsculo. Pero Clodio dispersó á los trabajadores y por poco no mata á Cicerón. Otra vez intentó quemar la casa de Quinto y la de Milón. Acusado por éste de violencias, todavía las continuó al mismo tiempo que pretendía el cargo de edil, y Milón no pudo impedir su elección sino declarando que observaba el cielo. La elección fué solamente aplazada.

Habiendo salido Milón del tribunado y entrado Clodio en sus funciones de edil, lo que suspendía todo procedimiento contra él, acusó á su vez á Milón. Pompeyo lo defendió; pero Clodio amotinó á la multitud al alrededor del tribunal é hizo sufrir al pobre abogado las más sangrientas burlas. Es preciso leer esta escena en las cartas de Cicerón para acabar de comprender lo que eran ya en Roma la república y la libertad.

«Pompeyo habló, ó mejor dicho procuró hacerlo, porque desde que se levantó, la turba de Clodio comenzó su gritería y durante todo el discurso no se oyeron más vociferaciones é insultos. Cuando acabó Pompeyo, quiso hablar Clodio á su vez, pero los nuestros lo interrumpieron con tanto ruido, que perdió las ideas y hasta la voz. Por espacio de dos horas llovieron sobre él las injurias y los versos obscenos, y en medio del tumulto gritó Clodio dirigiéndose á su turba: ¿Quién quiere hacer morir de hambre al pueblo? — Pompeyo, contestaron los sicarios. — ¿Quién quiere hacerse enviar á Alejandría? — Pompeyo. Al fin vinieron á las manos unos y otros. Representaos á nuestro grave personaje con su solemne vanidad y su aire de triunfador, recibiendo de lleno en la cara tan acerados epigramas en medio de aquel tumulto, y comprenderéis cuánto debió sufrir.»

Otro asunto vino también á aumentar su mortificación. Tolomeo Auletes había venido á Roma, expulsado por los alejandrinos, contando para recobrar su corona con el apoyo de César, á quien había pagado ya, y con el de Pompeyo, que lo tenía alojado en su casa. Sintióse descender en la opinión más y más cada día, para salir de tan ingrata situación por un medio decoroso y aun brillante, deseaba Pompeyo que se le encargara la misión de restablecer al príncipe en su trono. Abrumados de impuestos por Auletes, diputaron los egipcios á Roma cien embajadores para defender su causa; pero unos fueron muertos en el camino y comprados los otros. Uno de éstos, que quiso revelarlo todo, fué también asesinado.

No por eso dejó Pompeyo de proteger á su real é indigno huésped, pero sin poder conseguir que se le designara para conducirlo á su reino é imponer su restauración. Antes bien, por un senadoconsulto se dió esta misión al gobernador de Cilicia; y á fin de que Pompeyo no buscara ningún pretexto para volver sobre esta decisión, hubo prodigios amenazadores y se hizo hablar á los libros sibilinos, que prohibieron emplear soldados romanos para esta empresa. Más adelante veremos cómo terminó este negocio verdaderamente vergonzoso desde el principio hasta el fin.

Clodio, por su parte, procuró hacer servir estos presagios á dos fines, extendiéndolos también contra Cicerón. Los dioses están ofendidos, decía, de la profanación de un terreno que estaba consagrado á una diosa. El orador contestó. Pero por una y otra parte llegaron á cansarse de una lucha hipócrita en que el cielo hacía el gasto, y se volvió á los golpes y violencias; y el mismo Cicerón, sostenido por Milón, rompió en el Capitolio las tablas de bronce en que estaban grabados los actos del tribunado de Clodio. El antiguo cónsul venía á ser también un corifeo de banda en medio de la ciudad, mereciendo por ello las severas reconvenções de

Catón, que volvía entonces de Chipre. En una de aquellas contiendas estuvo á punto de ser asesinado el célebre orador Hortensio.

Esta misión de Chipre, honrosa para Catón, que la había aceptado á su pesar y probó en ella toda su integridad, no lo era para Roma. Con pretexto de que el rey de Chipre, hermano de Auletes, había estado en connivencia con los piratas, se le ordenó bajar del trono, bien que tuviera el título de amigo del pueblo romano. En indemnización hubo de ofrecerle Catón el rico sacerdocio de la Venus de Pafos; pero el rey prefirió envenenarse, y el senado anexionó su reino, como dominio de la república, á la provincia de Cilicia.

Catón trajo 7,000 talentos (cerca de 40 millones de francos), un rico mueblaje y todos los despojos reales. Sabido es que Roma no dejaba más que las desnudas paredes, cuando entraba al pillaje en los palacios y templos. Sensible es que el nombre de Catón vaya unido al de esta expedición que se creería hecha por salteadores de caminos.

Pero era demasiado romano para que, una vez pasado el primer enojo de la injusticia que había de cometer, no hubiera formado empeño en que se aprobaran los actos de una misión que había aumentado el imperio con una provincia y el tesoro con una riqueza.

Ahora bien, Cicerón quería que se invalidaran todos los actos del tribunado de Clodio, como consumados á pesar de los auspicios, y la misión de Catón en Chipre era uno de estos actos. De aquí la frialdad ó tirantez de relaciones entre Catón y el gran orador. Atendiendo cada cual sólo á sus intereses personales y conduciéndose por sugerencias de sus odios ó amistades, parecía que ni hubiera ya partido. El verdadero dueño de Roma, el año 56, era Clodio, y quien podía saber lo que Clodio quería? En cuanto á Pompeyo, amenazado por él y atacado por Catón, no sabía ya qué hacer ni qué decir: hasta tenía miedo de que lo asesinaran; no se atrevía á arriesgarse por las calles de Roma, ni siquiera iba al senado, como no celebrara sus sesiones cerca de su casa.

«Se atenta contra mi vida, decía á Cicerón; Craso apoya á Catón, que maquina procesos contra mis amigos; se suministra dinero á Clodio, y se excita contra mí á Bíbulo, Curión y otros. Para no perecer, es preciso que provea á mi seguridad, abandonado como estoy de ese pueblo que sólo oye á los lenguaraces, de una nobleza enemiga, de un senado injusto y de una juventud corrompida. Así, voy á llamar á mí á la gente del campo.»

Y añade Cicerón:

«Clodio prepara su turba, pero hasta el presente, nosotros tenemos la ventaja del número y esperamos refuerzos del Piceno y de la Cisalpina. Cuando vengan los proyectos de ley contra Milón y Léntulo, entonces tendremos bastante fuerza» (1).

Con esto, verdaderas batallas reemplazaban las discusiones legislativas, y el orador latino tan feliz siempre en la tribuna, se prometía maravillas, no ya de su elocuencia, sino de la fuerza de su turba: la votación era de aquellos que tenían mejores puños; de modo que se ve bien lo que hacía la violencia, pero no donde estaba la libertad. ¡Cuán bellas son estas palabras de Cicerón! *Legum omnes servi sumus, ut liberi esse possimus*. Pero todos querían ser dueños de la ley y nadie súbdito de ella.

Otra cosa se deduce claramente del conjunto de hechos que acabamos de apuntar, y es la creciente impopularidad de Pompeyo, así para con el senado como para con el pue-

(1) Cic. *ad Quintum*, II, 3.

blo: por consiguiente la necesidad, para él, de acercarse al omnipotente conquistador de las Galias y la obligación de aceptar sus condiciones, cualesquiera que fueran, á cambio de su concurso y apoyo.

Tal es el secreto de la conferencia de Luca y la explicación de los acontecimientos del año 55, en que se decidió la suerte de Roma.

II. — CONFERENCIA DE LUCA (56)

PRORROGACIÓN DE LOS PODERES DE CÉSAR (55)

Mientras la capital del mundo romano estaba entregada á miserables intrigas, seguía César su gloriosa carrera. Parecía enteramente ocupado en domar á los belgas, á los suevos, á los bretones, y sin abandonar sus provincias, estaba presente en Roma. El oro, la plata, los despojos conquistados iban allá y allá se repartían entre los ediles, los pretores, los cónsules y sus mujeres.

Pero esta gloria de César, esta conquista de Roma, que se hacía al mismo tiempo que la conquista de la Galia, era para la nobleza una nueva causa de irritación, y la malquerencia aumentaba contra aquel victorioso, que se hubiera querido ver vencido y hasta muerto. Las tertulias se mezclaban en estas cosas, porque las mujeres desempeñaban entonces un papel muy importante en la sociedad romana. Cada una de las llamadas elegantes reunía á su alrededor una corte, que sólo se ocupaba en agradarla. Daba fiestas de que toda Roma hablaba y se iba con sus adoradores á lo largo de aquellas encantadas márgenes de Bayas y Puzolo, á hacer de la noche día, ó á pasear su indolencia sobre las dormidas ondas, al son de la música y el canto y al olor de las aromadas flores (2). Las aventuras amorosas eran innumerables y ruidosas y la licencia de las palabras igualaba á la de las costumbres. César había subido demasiado en alas de la victoria para que algunos hombres ligeros no encontraran entre dos copas de sobremesa algún chiste de maledicencia bien acerado contra aquel libertino de otro tiempo, cuyos rudos trabajos eran un reproche á su frivolidad. El poeta más famoso de la época, del que bien á pesar suyo se ha hecho un republicano, llevaba á estas cenas mordaces epigramas. «Temblad, Galias y Bretaña, que acariciáis á ese perverso; porque os devorará (3).» Eran las menores injurias que pueden citarse. Y las damas aplaudían tales invectivas contra el hombre que les arrebatava para la guerra á los que hubieran querido ellas retener para sus placeres. No era más respetado Pompeyo. «¿Para esto, *imperator* único, para esto, suegro y yerno, lo habéis trastornado todo (4)?»

Suetonio ha conservado el recuerdo de los famosos epigramas de otro poeta, Licinio Calvo, contra los dos triunviros (5); y estos versos, copiados por unos, recitados por

(2) Cic. *pro Calio*, 15. *Libidines, amores, adulteria, Baias, actas, convivias, comissationes, cantus, symphonias, navigia*. Este discurso es del mismo año que las conferencias de Luca (56).

(3) Cátulo, XXIX. El epigrama LVII no puede traducirse.

(4) *Ibid.* *Imperator unice... socer generque, perdidistis omnia*. Epigrama escrito el invierno del 55 al 54. El epigrama CXIII es también un ataque á César y á Pompeyo. Cátulo había recogido de los libelos de Bíbulo y de las cartas de Cicerón las calumnias á propósito de César y Nicomedes. Por lo demás esta hostilidad del poeta no duró más que algunos meses y César no le guardó rencor por ello. El padre de Cátulo era su huésped ordinario en Verona. El mismo Cicerón dice lo que hay que pensar de estas calumnias que se dirigían entonces á todos los que se hacían notables: *Sunt etenim ista maledicta pervolgata in omnis, quarum in adolescentia forma et species fuit liberalis* (*Pro Calio*, 3).

(5) Después habiendo querido Licinio reconciliarse con César, este que lo supo, le escribió ofreciéndole su mano de amigo; y cuando Cá-